



EL MÚSICO

*¿Puede la música curar?
¿Puede la música... matar?*

ENRIQUE GÓMEZ MEDINA

*Para aquellos que hacen posible
la magia de la música.*

*Para todos los que usan sus poderes
para el bien.*

Prólogo (un año antes)

La gota. Una, otra vez. Machacona, incansable. ¿Por qué sonaba tan fuerte? Retumbaba en su cerebro. Hacía vibrar su cráneo. Iba a volverle loco. Pero no era solo la gota. También estaba el zumbido. Rodrigo estaba seguro de que el aparato que había junto a su cama antes no zumbaba así. Y el siseo... Debía haber algún conducto de oxígeno tras la pared, en la cabecera de la cama; quizá tenía una pequeña fuga, porque también lo escuchaba.

¿Por qué todo sonaba tan fuerte?

¿Y por qué no veía?

La venda. Llevaba una venda en los ojos. Con un esfuerzo sobrehumano, como si su brazo pesara una tonelada, llevó su mano hasta ella y se la arrancó.

Negro.

Pasó sus dedos por encima de sus párpados. Escocía. Estaban abiertos.

Pero seguía sin ver nada.

Su pulso se aceleró. Escuchó su corazón por encima de los otros ruidos de la habitación. ¿Qué estaba pasando?

—Mamá. Papá.

Silencio.

—¡Mamá!

“Ah, sí, mi padre dijo que iba a sacar a mi madre de aquí, aunque fuera a ducharse y a tomar un buen desayuno”. Rodrigo debía haberse quedado dormido. ¿Cuánto rato llevaban fuera?

Entonces le llegó un nuevo sonido, del otro lado de la puerta. Pasos. Una sola persona. Por el peso, un hombre. “¿Papá?”. Al instante supo que no. Su padre nunca llevaría zuecos de plástico. El entrechocar del fonendo contra los bolígrafos del bolsillo le indicó que era un médico.

Los pasos se detuvieron justo delante de la puerta. Una respiración profunda. La mano sobre el picaporte. El chas-

quido metálico, como un disparo. Más pasos; se estaba acercando hacia su cama. Se detuvo a unos centímetros de ella.

Como si acabara de tomar una decisión difícil, el hombre inspiró con fuerza; no había vuelto a hacerlo desde que entró en la habitación. Rodrigo escuchó las venas del médico hinchándose y deshinchándose con el pulso acelerado, la transpiración abriéndose paso por los poros de su piel y, por fin, un carraspeo. Pero, antes de que hablara, lo hizo él:

—¿Han muerto los dos?

Rodrigo le apretó la mano. Le habían llevado en una silla de ruedas hasta la UCI y, aunque no era horario de visitas, le habían dejado permanecer al lado de su padre.

Notó su debilidad.

Por encima del zumbido de las máquinas, que obligaban a sus pulmones a bombear aunque no quisieran, le llegó el latido de su corazón. Muy frágil. Su padre, hace unas horas ejemplo de vigor y fortaleza, ahora apenas se sostenía vivo pendiente de un hilo.

Rodrigo le apretó la mano más aún. Era lo único que tenía.

Su madre ya no estaba. Había muerto en el accidente. El coche en el que ambos volvían hacia el hospital se había salido de la carretera sin ningún motivo aparente y se había estrellado contra una protección de hormigón que lo partió en dos. "Tu padre se debió dormir", le había explicado el médico.

Mentira.

Su padre nunca se dormiría al volante.

Pero ¿qué más daba? El caso es que había perdido a su madre, que venía a cuidarle a él. E iba a perder a su padre.

Una inspiración más fuerte. Rodrigo aguzó el oído. Más aún. Escuchó las resacas cuerdas vocales de su padre intentando arrancar. Un murmullo tenue incluso para él.

—Rrrodrig...

Rodrigo le apretó la mano de nuevo y notó la tensión en sus dedos en respuesta. Sin que los enfermeros reparasen en el gesto, se recostó sobre el pecho de su padre, aproximando el oído a su boca.

—Te... qui... e... ro.

Un nudo como una piedra se le formó en la garganta cuando Rodrigo intentó contestar: "Yo también, papá". Pero el hombre, apremiante, no le dejó.

—Hu... ye.

Una vibración distinta, como un calambre de alta tensión, le llegó de su padre a través de la mano y le recorrió entero, erizándole cada cabello.

Las máquinas aullaron, se formó un gran revuelo de enfermeros y médicos que le apartaron y se entregaron con frenesí a su trabajo. Pero ya era tarde.

Su padre se había ido.

Desengaño

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

“El suficiente para darme cuenta de que ella es mejor que tú”.

—Unos meses.

—¿;Has estado mintiéndome cada vez que venías a casa, cada vez que me besabas, durante meses!?

—Nunca te he mentado.

—¡No, claro! Solo que no te pareció un dato importante el hecho de que te estuvieses tirando a otra.

—Es que no lo era. No importaba tanto... al principio.

Mar sintió una punzada de dolor.

—Eres un hijo de puta.

—Ya lo sé... Lo siento. Si supieras cómo lo siento...

Mar pudo escuchar cómo sonaba un “click” en su cerebro.

—¿Que lo sientes? ¿¿¿QUE LO SIENTES??? Solo te jode hacerme daño porque te vas con la conciencia llena de mierda. Solo me lo has contado para dejar de sentirte culpable, aunque a mí me destroces. Eres un hijo de puta y un cobarde. Y lo que más me revienta es que me siento ridícula. Por haberme dejado engañar. Creí que eras un tío legal. Y fuerte. Y eres un mierda. Llévatelo aquí grabado —dijo apretando el dedo índice contra su frente—. Eres un mierda y a partir de hoy ya no podrás dejar de serlo. Vete de mi casa.

—Mar...

—¡QUE TE VAYAS, COÑO!

Él cogió las bolsas de plástico donde había metido sus cosas y salió. Al cerrar la puerta echó una última mirada, intentando cruzarla con la de Mar, pero ésta ya se había dado la vuelta y caminaba por el pasillo.

Mar sí era fuerte.

Llegó a su habitación y se tumbó en la cama que todavía olía a él. Miró un instante a la mesita de noche, donde descansaba un vaso de agua a medias. En su borde, las huellas de dos labios distintos.

Solo entonces lo supo. Hundió la cara en la almohada y dejó que las lágrimas la empaparan.

Se había ido.

Presente, año 2021

La cueva del ogro

—Otro más —suspiró Mar cerrando una nueva carpeta de cartón.

Menéndez, sacándose el palillo de la boca para resaltar la importancia de su comentario, replicó con sorna.

—Así les quitas el polvo, que falta le hace al archivo.

Mar asintió. En el fondo, sabía que eso era precisamente lo que estaba haciendo. Ella esperaba acción; todos los días, al vestirse, enfundaba la pistola pensando si ese sería el día. Pero en los meses que llevaba en el departamento, solo le habían encargado leer casos viejos.

De pronto, sin saber por qué, notó como la ira le ascendía desde el estómago hasta el entrecejo. Se ajustó la coleta del pelo, que ya llevaba tirante, se levantó haciendo chirriar la silla y se encaminó al despacho del comisario Anglona con la carpeta de cartón todavía en la mano.

—Oh, oh —murmuró Menéndez, recolocándose en su asiento para no perderse nada.

Mar golpeó con los nudillos en la puerta abierta. El comisario no levantó la vista.

—Dígame, Espinosa.

—¿Hasta cuándo me va a tener leyendo casos de la época de nuestros abuelos? —soltó Mar agitando la carpeta en el aire.

Al instante se arrepintió. Vio cómo se ensanchaban las aletas de la nariz del comisario, se le adelantaba el mentón y la mirada, aún clavada en el papel que tenía en la mano, se le cargaba de energía, como si estuviera a punto de disparar un rayo láser por los ojos. Tentada estuvo de agacharse y cubrirse con el brazo, pero aguantó a pie firme, con la carpeta todavía en alto.

El comisario soltó el aire lentamente. Consejo de su médico. Solo entonces levantó la cabeza.

—Hasta que a mí me salga de los cojones.

Las piernas de Mar flojearon, pero decidió jugarse el todo por el todo.

—“El asesino vudú” —leyó el rótulo manuscrito—. “2010—2012”. ¡Hace casi diez años! Y el atestado es una mierda. Un montón de recortes de prensa que aseguraban que el asesino era alguien que mataba a distancia, mediante magia negra. He tenido que tragarme tratados enteros sobre mutantes, sectas secretas, venenos desconocidos, hechizos africanos... hasta extraterrestres.

El comisario no abrió la boca. Recordaba perfectamente a Zambrana, el pseudoperiodista que encontró su filón novelando un caso absurdo a base de teorías conspiranoicas y de paso ridiculizando a la policía. Lo malo es que a la gente le encantó la historia. Su blog fue el más leído durante meses.

—Suspendido por falta de pruebas. Nos ha jodido. ¿De verdad que no hay nada más provechoso que pueda hacer? —Mar bajó la mirada hasta enfrentarla a la del comisario, aunque tragó saliva antes de continuar—. No me he sacado un grado en Criminología y Psicología, aprobado una oposición con el récord de edad en España y pasado dos años en la academia con las mejores calificaciones... para esto.

El comisario Anglona le sostuvo la mirada sin ningún esfuerzo, pero soltó el papel que sostenía en la mano.

—Cierra la puerta, por favor.

Mar le hizo caso, santiguándose por dentro en cuanto le dio la espalda. Había notado el cambio de tratamiento. Acababa de cagarla bien.

Pero, en lugar de gritar, como ella esperaba, el comisario Anglona habló más bajo que antes. Mar tuvo que inclinarse para escucharle.

—No te voy a mandar ahí fuera hasta que no te encuentre un grupo de fiar.

La respuesta dejó a Mar un tanto desarmada.

—¿Barros?

—Es un patán que solo piensa en su jubilación. Y yo también.

—¿Menéndez?

—Un salido, un puto acosador.

—¿Paula?

—Es inspectora investigadora, como tú. Demasiado novata.

Ambos se quedaron en silencio, cada uno mirando al vacío frente a sus ojos. Por fin, el comisario hizo un gesto con la mano, como apartando el pensamiento de su mente.

—Te buscaré a alguien, no te preocupes. De esta semana no pasa, te lo prometo. Mientras tanto, dile a Barros que te pase alguno de sus casos. Tiene... demasiado trabajo.

—Ya.

Ambos se quedaron unos instantes en silencio, hasta que una melodía de piano les interrumpió. El móvil del comisario. Mar se apresuró a hablar antes de que contestara.

—Gracias.

—De nada. Haz un buen trabajo.

Mar se giró hacia la puerta, esperando sin reconocerlo que el comisario le hubiera dedicado alguna palabra más antes de abrirla. Quizá algo... sobre su padre.

Él siempre decía que Anglona era el más inteligente de los dos. Y quizá tenía razón. O quizá, si no se hubiera inmiscuido en aquel atraco cuando no estaba de servicio y ahora siguiera vivo, también habría llegado a ser comisario. Los dos juntos fueron durante años la pareja más eficaz del cuerpo, ejemplo para muchos. También para ella.

Por un momento se vio a sí misma, en su pupitre del instituto. Era el último curso y había que pelear por cada décima en la nota para poder elegir una carrera que mereciese la pena. Estaba en un examen de Física. Recordaba perfectamente el problema de Dinámica, una esfera sobre un plano inclinado, que estaba haciendo cuando sonó aquella fatídica llamada en la puerta. El director entró y habló en voz baja con su profesora, que cerró los ojos antes de buscar los de Mar con la mirada. Habría jurado que estaban húmedos.

El director pidió a Mar que saliera. Tenía que darle una noticia. Una noticia muy mala. Tan mala, que Mar se clavó el portaminas en la mejilla al retirarle el brazo, incapaz de

creerla. Aquel día recibió dos cicatrices: una en la mejilla y otra mucho más profunda.

Mar giró el picaporte y salió del despacho. En cuanto enfiló el pasillo que llevaba de vuelta a la oficina notó los ojos de Menéndez clavados en ella, y no precisamente en su cara. Le fulminó con la mirada y se encaminó al puesto de Barros, que se encontraba absorto en su pantalla. Cuando vio que Mar se dirigía a él, se apresuró a minimizar la ventana que tenía abierta.

—Hola, guapa, ¿qué tal con el ogro?

—Bastante bien. No sé a qué viene tanto miedo.

—Nosotros no tenemos tus armas, bonita.

—Heckler & Koch 9 milímetros —dijo Mar dando un par de toquecitos a su cadera—. Como la tuya.

—Ya —respondió Barros, sujetando la mirada para no desviarla de sus ojos—. ¿Qué se te ofrece?

—Ha dicho Anglona que me pases alguno de tus casos, que estás sobrecargado.

Barros levantó una ceja, sorprendido, pero se apresuró a inclinarse sobre el montón de archivadores de cartón que reposaba a un lado de su mesa. Cogió el que estaba más al fondo.

—Toma. Un caso importante.

Esta vez la que levantó una ceja fue Mar. Echó una mirada al encabezado: "El Músico", aparecía anotado a mano sobre el número de expediente. La fecha de la primera anotación era de casi un año atrás.

—¿Quieres que te cuente? Tengo mi propia opinión.

—Deja que me lo mire primero —le interrumpió Mar—. Así entreno. Luego me cuentas.

Barros asintió despacio. Después sonrió, igualmente lento. "Listilla".

—Todo tuyo.

Mar casi pudo sentir el dedo corazón de Barros desplegarse a sus espaldas, mientras caminaba alejándose de él. Prefería estar a solas mientras estudiaba el caso, así que cogió su bolso y salió. Fuera llovía. Mar tapó la carpeta con su cazadora y corrió hasta su coche, un Opel Corsa que aca-

baba de cumplir catorce años, según su dueño anterior. Su sueldo no daba para planes Renove. Si apenas daba para pagar el seguro. Se sentó, dejó el bolso en el asiento del copiloto y abrió la carpeta. Con cuidado, extrajo su contenido: varias fotografías y el consabido informe.

El morbo le hizo mirar un par de fotos antes de leer el atestado, pero se contuvo de continuar. Quería saber de qué iba el asunto. "El Músico". Parecía que alguien hubiera buscado un buen eslogan para los titulares de los periódicos. Sin embargo, en aquellos meses el caso había pasado totalmente desapercibido para todo el mundo. Para todos, menos para él: Laureano Gracia, cuarenta y siete años, catedrático de Historia y Ciencias de la Música. Un martes cualquiera, se levantó y acudió a su despacho en la Universidad Autónoma. Tenía una clase a las once de la mañana, pero nunca llegó a darla. A las nueve se reunió con su doctorando, un joven prometedor llamado Rodrigo Iniesta y, mientras abría el correo y comentaba con él los avances de su proyecto, murió. Causa de la muerte: infarto cerebral.

Hasta aquí, todo normal. Cuarenta y siete es una edad en la que estas cosas pasan, a pesar de la vida sana y casi asceta que llevaba el profesor. Una pequeña inmundicia que se atasca en algún capilar de los que riegan el cerebro y ¡catapluf! De vivo a muerto en un segundo.

Pero solo en un caso entre diez mil millones coincidiría con que a su doctorando, de veinticinco años de edad, le ocurriera lo mismo y al mismo tiempo.

El chico sobrevivió, aunque con graves secuelas. Perdió la vista y nunca se recuperó del shock emocional. La autopsia sobre el cuerpo del profesor no dio ningún resultado positivo en cuanto a toxinas se refería. Tampoco hubo lesión eléctrica, ni traumatismos, así es que solo se podía atribuir a una de esas casualidades que, una vez cada mil años, suceden en la naturaleza.

—¿Por qué insistimos en estas cosas? —murmuró Mar con fastidio.

Tomó las fotos entre sus manos. Casi todas eran del profesor, apoyado en su mesa como si estuviese echando la

siesta con el ordenador encendido. Al sufrir la parálisis se había desplomado hacia delante hasta que su cabeza topó con la madera. Lo que más llamó la atención de Mar fue la expresión de su rostro. Totalmente contraído, en una mueca que Paul Ekman habría catalogado como de intensa repugnancia. O de terror.

Mar lo observó largamente, incapaz de apartar sus ojos de él, hasta que unos golpes en el cristal de su coche la devolvieron a la realidad con un sobresalto.

—¡Qué susto me has dado, tía! —dijo mientras abría la puerta del copiloto y quitaba el bolso del asiento.

—¡Joder, me estoy calando! Llévame hasta mi coche.

En realidad su coche estaba dos plazas más allá.

—Le vas a quitar a Barros el título de “más vago del departamento”.

—¿Qué tenemos? —preguntó Paula quitándole a Mar de las manos la carpeta de cartón.

—Otra mierda de la que nadie se acuerda. Un tío al que le dio un ictus, y contagió a otro que andaba por allí.

Paula sacó el labio inferior mientras cotilleaba las fotografías.

—Algo le debió sentar mal —dijo al observar el rostro desfigurado del hombre— ¿Sabéis si acababa de comer en la cafetería de la universidad? Dicen que es peor aún que la de la academia. Por cierto, ¿quién es este? —sostuvo en alto la última foto, en la que aparecía el joven doctorando— No está mal.

—No está mal, no. El problema es donde vive.

—¿Muy lejos?

—No, en realidad está a tres manzanas de aquí. En el manicomio.

Paula levantó las cejas como diciendo “qué lástima”.

—¿Vas para allá?

—Qué remedio.

—No hables mucho, a ver si no te van a dejar salir.

—Tendré cuidado.

—¡Eh, ¡anímate! Cualquiera diría que Anglona te ha echado la bronca.

—Lo ha hecho. Se me ocurrió sacar el tema de la mierda esa del asesino vudú y luego...

—¡Ja, ja, ja! A ti también te lo pasaron. Debe ser la novatada que nos hacen a todos. ¿Te gusta cómo quedó el informe? Es que perdí la carpeta original y la tuve que rehacer como pude. El caso es que, hace poco, encontré la buena en casa; debí llevármela cuando todavía me motivaba mi trabajo... La metí en una bolsa monísima y la tengo allí en medio. Todos los días pienso en traérmela y todos los días se me olvida. Estoy por tirarla a la basura.

—¡Qué raro, con lo ordenada que tienes tu casa!

—¡Menos cachondeo, y a ver si te vienes un día y me ayudas! Pago en cervezas.

Paula besó rápidamente a Mar y salió bajo la lluvia.

—¡Si lo sé, no me ducho esta mañana! —gritó mientras corría tapándose la cabeza con el bolso.

—Tú nunca te duchas por la mañana, friolera.